



Capítulo 522: Un primordial olvidado por el tiempo

El aire se volvió pesado mientras Virgilio pronunciaba las palabras. El nombre de Lucifer resonó como una espada ardiente en esa prisión, un recordatorio prohibido de rebelión y ruina.

La criatura suspendida por las cadenas tembló, y por un momento su mirada no fue sólo de dolor, sino de algo... humano. Memoria. Reconocimiento.

"G-abuelo...?" La voz resonó como un trueno apagado. "Um... ¿descendiente?"

La barbilla de Virgilio se movió y una sonrisa fría se dibujó en su rostro.

"Así es. Hijo de la hija de Lucifer... y Lilith."

El salón tembló. No de las cadenas, no de la energía mágica, sino de la presencia de la criatura.

Un largo suspiro resonó por toda la cámara, como un viento caliente que cruza desiertos olvidados. El aura asfixiante pareció vacilar por un momento.

"Bien..." murmuró la entidad.

Virgilio arqueó una ceja. "¿Bien"? ¿Qué carajo quieres decir con eso?

La criatura meneó lentamente la cabeza y sus ojos dorados ardían como hornos.



"Es bueno saber... que se hundió solo... y no arrastró toda nuestra carrera a la ruina."

Las palabras cayeron como dagas.

Los ojos de Rize se abrieron, casi ahogándose con su propio aliento. Roxanne abrió sus dagas con fuerza y sus dedos temblaron. Titania lloró suavemente, como si cada frase fuera un recuerdo ancestral grabado en su alma.

Virgilio, sin embargo, sólo entrecerró los ojos ante ella, curioso.

"Interesant. Así que tienes rencor contra mi antepasado."

La criatura suspiró de nuevo, y luego su voz resonó de nuevo, firme:

"¿Quién gobierna... el inframundo ahora?"

Virgilio no dudó.

"Los cuatro arcontes. Pero entre ellos, Amón ostenta el título más alto."

El nombre resonó entre las paredes y la entidad cerró los ojos como si aliviara siglos de angustia.

"Entonces... mis ideales han sobrevivido..."



Las cadenas temblaron. Una fuerza latente recorrió el cuerpo atado, provocando que las runas explotaran en chispas de energía.

Vergil sintió la presión inmediatamente, pero a diferencia de los demás, no se inmutó. Su sonrisa se amplió.

"Entonces, ¿me dirás quién eres o tendrás que forzarlo a salir de ti?"

Los ojos dorados brillaban intensamente.

"No... no mereces simplemente escuchar mi nombre... No en esta forma patética."

Las cadenas cayeron en pedazos, una a una, rompiéndose como vidrio bajo presión. Las runas que una vez brillaron en rojo y azul se extinguieron como velas en el viento.

"Debo presentarme... específicamente."

El suelo tembló.

Las cadenas se desmoronaron y se convirtieron en polvo luminoso. La piel agrietada, una vez gris y desfigurada, comenzó a curarse, como si una llama líquida fluyera a través de ella, reconstituyendo músculos, carne y curvas.

Del coloso encadenado surgió una nueva forma. El cuerpo comenzó a estrecharse, la estructura ósea se remodeló, revelando una figura femenina. Las grietas en su piel liberaban no sólo luz, sino también un brillo dorado que se moldeaba en telas, adornos y armaduras ligeras que abrazaban sus curvas como si fueran parte de ella.



Su cabello —una vez más llamas difusas— ahora se expandía en ondas largas y escarlatas, cayendo como cascadas de fuego líquido. Sus ojos eran como rubíes ardiendo en ámbar, su piel pálida reflejaba la luz dorada de las brasas que bailaban a su alrededor.

La trayectoria que se formó sobre su cuerpo no se ocultó: mejoró. El oro líquido delineaba su cintura, sus muslos, sus hombros cubiertos por una túnica blanca brillante, tan delgada que parecía a punto de disolverse en el aire. Pulseras negras y doradas rodeaban sus brazos y una corona adornada con fragmentos en llamas relacionados se encontraba en su frente.

El salón, antaño opresivo, ahora parecía demasiado pequeño para ella.

Vergil dio un paso adelante, completamente quieto, absorbiendo cada detalle de esta transformación.

Rize, todavía de rodillas, dejó escapar un aliento tembloroso.

"Esto... no es sólo un demonio..."

Katharina sonrió ampliamente, sus ojos brillaban como brasas.

"Esto es perfecto."

La mujer recién liberada abrió los labios. Su voz, que antes resonaba y tronaba, ahora sonaba ronca, sensual, pero elocuente y gentil. Un contraste que provocó escalofríos incluso en la columna vertebral de Roxanne.

"Yo... soy Naberius."



El nombre explotó en el salón, vibrando a través de las piedras, corriendo por las venas de todos los que estaban allí. Titania volvió a caer de rodillas y todo su cuerpo tembló.

"¿N-naberio?"

Los ojos de Nabério brillaron y por un instante ella brilló. Una sonrisa enigmática, llena de magnetismo, que hizo que todos allí la miraran con fascinación y miedo.

Ella dio un paso adelante. Su andar no era sólo elegante—era una promesa de poder, cada curva de su cuerpo resaltada por la luz que la rodeaba. Toda la habitación parecía inclinarse a su alrededor.

"Siglos... milenios... de olvido. Tengo que perder mis ideas, mi voz, mis recuerdos... Tuve que perderme a mí mismo." Sus ojos se volvieron hacia Virgilio. "Pero ahora veo la llama todavía viva."



Virgilio cruzó los brazos, mirándola de frente, impávido por el peso de su presencia.

"Naberius... Hablas de ideas como si hubieras dejado un legado."

"Lo hice", respondió ella, con su voz firme pero convincente. "Equilibrio. Oh, conocimiento. La supervivencia de la carrera. Mientras Lucifer se hundía en el abismo de su propia vanidad... luché para que el Inframundo tuviera orden."

Sus ojos brillaban más y la atmósfera se hacía más caliente, casi asfixiante.



"Y vosotros, descendientes... sois prueba de que mis semillas han florecido."

Katharina se rió suavemente, sus labios manchados de sangre se curvaban en cuestión.

"Me gusta ella."

Roxanne, sin embargo, entrecerró los ojos de manera sospechosa.

"Quizás simplemente esté jugando bien."

Naberio se volvió hacia ella lentamente y en su mirada había tanto reconocimiento como poder.

"Descendiente de los Sitri... no te preocupes. Si quisiera mentir... no vivirías para oírlo."



La tensión no era palpable.

Sin embargo, Virgilio sólo lo envió aún más lejos.

"Entonces, Naberius... ¿por qué Lucifer te traicionó?"

La sala quedó en silencio.

El rostro de Naberio cambió y por un instante su expresión dejó de ser meramente sensual o misteriosa. Había dolor allí. La memoria apuñalada como una espada.



"Porque vi... en qué se convertiría. Y no pudo soportarlo."

Virgilio inclinó la cabeza, interesado.

"Un debilucho, entonces."

Ella sonrió. Una sonrisa cálida pero peligrosa.

"No. Un dios que se creía absoluto... pero que no sabía cómo tratar con aquellos que se atrevían a estar en desacuerdo."

Su mirada volvió a caer sobre Virgilio, más intensa, más íntima.

Entonces... un ataque llegó con toda la fuerza del cuerpo del demonio, arrojando a Virgilio hacia atrás con absoluta fuerza.

"¡VERGIL!"

Gritaron, pero él... ya se reía.

Y se levantó del agujero que el impacto había creado en aquella prisión, sus ojos azules se encontraron con los soles de Neberio.

"Eres el hijo del Primordial Blanco. No, ya no debe usar eso... Sephirothy... sí, lo recuerdo bien." Dijo Neberio sonriendo...